

This is Music
o
Historia particular de un infame

JUAN MANUEL ZURITA



C

Editorial Comba



Once años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2025

Colección Narrativa

This is Music
o
Historia particular de un infame

JUAN MANUEL ZURITA


Editorial Comba

Imagen de la portada:
Fotografía de Francisca Otero Klein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Juan Manuel Zurita Soto, 2025

© Editorial Comba, 2025
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-4-3

DL: B-1.492-2025

Índice

I	7
II	19
III	37
IV	55
V	75
VI	95
VII	111
VIII	129

IX	145
X	173
XI	197
XII	217
XIII	243
XIV	273
Pista oculta	299

I

Sostengo con absoluta seguridad que, a pesar de todo el esfuerzo que hizo por parecer lo contrario, Juan José Gatica fue un tipo feliz. Lo digo yo, que lo conocí mejor que nadie, mejor aún que aquellos que desde niño lo mimaron y hoy le encienden velas. Mucho mejor. Me bastó tan sólo un año, no se necesita más para conocer a alguien: 12 meses, 52 semanas, 4 estaciones, 365 amaneceres, una vuelta completa al sol o como quiera que se decida llamar a un año, tan sólo un año, como ése en que ambos coincidimos y que, estoy seguro, fue uno de los mejores de su vida —y vaya buena vida que tuviste, Gatica—. Un año que estuvo a punto de serlo también para mí, pero lo estropeaste.

«Thank you for my life, I said good night, goodbye.»
¿Te la canto? ¿Sí? ¿Yo a ti? No, ya fue, ya pasó.

Con Gatica coincidimos un año entero, pero lo conocí un poco antes, y de eso ya han pasado más de tres. Se podría decir que, más que conocernos, lo de aquella

noche en la casa de su gran amigo se trató de un encuentro. Esa tarde me tocó visitar la oficina de Cristóbal por un asunto de trabajo; cada vez que me pedían reportear algún tema en profundidad debía solicitar la ayuda de analistas y consultores para darle «mayor espesor» —como diría mi jefe de entonces— a la investigación. En realidad, no era más que conseguir algunos datos y cifras que le daban un toque más académico a nuestros reportajes y, como en la consultora donde trabaja Cristóbal les fascina aparecer en los medios y darse publicidad, nos veíamos prácticamente todas las semanas. Aquello nos causaba risa. Yo decía que nuestra amistad se forjaba en el interés; él, «no, lo correcto sería llamarle instrumentalización estratégica». Y más risa nos daba. La cosa es que aquella «instrumentalización estratégica» nos fue acercando tanto que una de aquellas tardes en las que llegué a su oficina a la caza de datos y que derivó en un café con cigarros en una terraza, me comentó que había cumplido años un par de días antes y que esa noche haría una celebración en su casa. Lo felicité con sincera alegría. «Te estoy invitando» fue su respuesta: «A las nueve en mi casa, puedes ir con tu polola o con quien quieras.» Dije que sí, que obvio, que muchas gracias, que a las nueve estaría allí, y todo eso lo escupí con tanta rapidez, con tanto ímpetu, que la vergüenza por mi ansiedad me duró toda la tarde.

Marzo del 2010, es fácil recordar la fecha. Con mi polola habíamos terminado un par de meses antes y, para no deprimirme, aceptaba todo tipo de invitaciones. A la hora señalada estuve ahí con una botella de vino

blanco de regalo, pues venía muy bien para una noche calurosa. Me pasé la mayor parte del cumpleaños en el balcón de modo de aprovechar la brisa y tener una visión de todo el lugar, donde no conocía a nadie salvo el festejado. Me entretuve conversando con cada uno de los que se asomaba para fumar y me impresionó la forma como interactuaban. Fue fácil darse cuenta de que lo suyo era de amigos de siempre, que yo era el único nuevo allí. «La mayoría nos conocemos desde niños, prácticamente hemos crecido juntos», me explicó uno que señalaba los distintos grupos reunidos en el *living*; «ésos son compañeros de la universidad, pero ya son parte del grupo». Había también las pololas y pololos de varios y a todos los señaló por el nombre o algún apodo cariñoso, pero el grupo principal lo conformaban quienes habían sido compañeros de colegio. El lugar irradiaba un aire de confianza que también fue una invitación a soltarse, a entrar en el círculo y compartir, asunto que el propio Cristóbal facilitaba, tanto que en un momento me atreví a dirigirme hacia el computador y programar una lista de música. Siempre he sentido un orgullo infantil por mis gustos, como si en ellos descansara mi carta de presentación. Imagino que al resto le pasa lo mismo. De aquella actitud adolescente me quedan resabios; hasta el día de hoy llevo mi polera de AC/DC.

Varios me felicitaron por la selección, lo que me dio ánimo para poner también temas de conversación y atreverme incluso con algunas bromas. Llevaba en ello un buen rato: diálogos con unos y otros, vino, alguna

cerveza, cigarros y nuevas canciones que se sumaban a una lista que no tuvo pausa hasta que, ya bien pasadas las doce, llegó. Tal cual el resto, Gatica entró como si se tratara de su propia casa, lo que no me impresionó, todos allí se comportaban de la misma manera, pero lo suyo tuvo otro tinte: más que su propia casa, entró en ese lugar como si se tratara de su propia fiesta.

Era evidente que estaba medio borracho, pero aquello no incomodó a nadie, todo lo contrario: su llegada rompió el ambiente. No de manera negativa. Su arribo se transformó en una suerte de segundo aire para la fiesta, tanto que fue el propio Cristóbal quien se acercó al recién llegado para recibirlo con un abrazo, uno de esos sonoros, uno de éstos que dan con palmadas en la espalda y sacudidas en el pelo, como dos niños, como dos hermanos que se quieren mucho. Aquel efusivo saludo fue el pie para una serie de otros casi idénticos que el resto imitó, como si cada uno esperara su turno, como si también los roles se hubieran invertido, que el dueño de casa hubiera cedido el puesto de homenajeado a ese otro que, vestido con esa polera de Happy Mondays y tranco torpe, acababa de arribar. Pensé en la ridiculidad de las fiestas sorpresa que nunca lo son para nadie —eso parecía— o en esas películas donde todos aguardan a ese hermano mayor que estuvo en alguna guerra. No recuerdo si alguien grabó esa llegada, pero no me parecería extraño que así fuera. Quizás aparece en algunos de esos videos que no alcancé a revisar. Alguien brindó, otro subió el volumen a la música. Una inyección de alegría se apoderó de cada uno de los presentes y me

resultó todo tan curioso, que incluso volví a sentirme como ese extraño que fui cuando llegué al departamento. No fue violento, pero fui excluido, o por lo menos así lo sentí. No hubo intención, sólo que entendí que había un código entre ellos que me era ajeno, una comunión como ésa que se da en el interior de las familias donde nada se explica pero todo se entiende.

Sentí sorpresa, aunque no vi nada muy particular en ese tipo de mi igual tamaño, de mi igual textura y de la misma edad. Salvo un reloj que parecía quedarle algo suelto y esa polera, que parecía algo corta, no había señas particulares en él. De cualquier forma, su presencia no dejaba indiferente, y no solamente por lo bebido. Su voz se sobrepuso a cualquier otra; una manera apurada en el hablar que hacía tropezar una palabra con la siguiente, y no sólo por culpa del alcohol —pude darme cuenta más tarde—, sino que así era su dicción, como si quisiera decir todo en muy poco tiempo. Su rostro era una completa sonrisa —lo hacía con los labios, con los ojos, con la frente, con sus pobladas cejas—, especialmente cuando alguien se le acercaba para palmotear su espalda, para darle un beso, para coger su hombro y conversar. Era querido, era tan patente que a ese tipo lo querían. Me lo dejó en claro uno de los amigos de la fiesta, uno que, tras dejarme hablando solo para ir a darle la bienvenida, volvió a nuestra conversación con un: «¡Así es el Juanjo!» Escuché la misma frase, por lo menos, diez veces esa noche.

Juan José Gatica, el Juanjo para sus amigos. Al igual que la mayoría de quienes estaban allí, compañero de

colegio desde los cinco años; el mejor amigo de Cristóbal, se conocían de toda la vida. Una relación que parecía de hermanos y que era fácil de percibir, no fue más que verlos sentados conversar juntos, solamente ellos dos, como si no hubiera nadie más en todo el departamento, como si el resto de los que estábamos allí hubiéramos sido citados para eso, para contemplarlos, para ser testigos de «una amistad que provoca envidia», como comentó alguien mientras llenaba su copa con vino.

Jamás tuve un amigo así, con ninguno logré la complicidad eterna, con ninguno llegué a ser como esos dos que tuve frente a mí y que conversaban con los codos apoyados sobre la mesa, sujetando sus cabezas, tal cual dos niños, riendo y ampliando el círculo cada vez que alguien se acercaba para conversar.

—Él es Andrés, es periodista como tú, nos conocimos trabajando. —Cristóbal se giró y extendió su brazo por sobre los hombros de Gatica—. Éste es el Juanjo, mi mejor amigo desde antes de nacer.

Cruzamos nuestras manos por delante del cuerpo de Cristóbal. Gatica hizo alguna broma alusiva a mi polera —que no entendí bien—, yo respondí con otra sobre la suya. Ambos reímos, pero con risas un tanto obligadas. Dijo algo más, no recuerdo bien qué —seguramente nada especial—, no le entendí mucho. Me quedé con ellos unos minutos, lo que tardé en beberme el poco de vino que me quedaba en la copa y le cedí el puesto a otro.

Miré la hora, ya casi las dos de la mañana. Aún quedaba gente. La fiesta había decaído un poco, pero Cristóbal

insistió en que nadie se fuera, que quedaba vino, que había comida. Yo estaba feliz y no pensaba marcharme, así que me fui al computador para programar una nueva lista de canciones. Probé con algo nacional, una selección de Los Tres y Los Bunkers que siempre funciona. Contento como estaba, dije en voz alta algo alusivo a Concepción, a Álvaro Henríquez y a mí. Siempre lo hago, con ese chauvinismo penquista que nunca falla y siempre se recibe con algo de gracia. Dejé la lista y con alegre seguridad salí al balcón para fumar. Estaba en ello, cuando vi a Gatica posar sus manos sobre la mesa; mirar hacia la otra esquina del *living*, donde se ubicaba el computador; ponerse de pie con algo de dificultad; cruzar el *living* con paso zigzagueante; sentarse frente a la pantalla y, sin más, cambiar la música en la mitad de una canción. Aquello sonó brusco —todos se giraron hacia él—, pero una nueva lista ya sonaba y cada uno a lo suyo. Ése fue nuestro primer encuentro y, al igual que el último, una lista de canciones cobraba protagonismo.

Tenía tan grabado aquello: mi llegada, la suya; las conversaciones con Cristóbal, con sus amigos; mi regreso caminando a casa, debatiendo en mi cabeza si seguir molesto o restarle importancia a un percance pequeño que no iba a empañar una noche genial. Aquella primera noche me invadió cierto aire de humillación, pero luego recordaba lo bien que la pasé, la forma en que me cautivó aquel cariño con el que se trataban. Había algo en ellos que expelía seguridad y que, sentía, me faltaba a mí. La brisa aún tibia, el alcohol y el cigarro que fumé camino a casa me hicieron divagar. Pensé en

la fiesta que acababa de dejar y las ganas de estar allí nuevamente, de prolongar aquellas conversaciones, como ésa en que a alguien le preguntaron cómo iba con sus proyectos y ello dio pie para que otro contara que asistía a un curso de vinos; otro, de carpintería; un par, yoga, hasta que sus miradas se posaron en mí y yo respondí, sin más, que me gustaba escribir, que tengo un par de cuentos, que «me gustaría probar con una novela, pero no doy con el tema ni los personajes aún»; otro, que lo suyo era viajar, que preparaba una ruta, pero que, «obviamente, en temporada baja, que es más barato y casi no hay turistas». Fue ese último comentario el que dio pie a una nueva conversación: una de las parejas acababa de regresar de España tras haber estudiado un máster y se quejaron de que el turismo tenía secuestrado al país, pero que, a pesar de ello, consideran que se trató de «una experiencia única» —la llamaron así— y que «vivir fuera cambia la mirada sobre las cosas». Me vi escuchando atento y ya no con mueca contenida, sino que con verdadero interés. La idea de irme de Chile se me hizo tan nítida como urgente y subí las escaleras hasta mi departamento con aquello en la cabeza. Apuré el paso —casi corriendo; tropecé un par de veces— y, apenas estuve en casa, corrí al computador. Era como si aquella idea huyera y yo debiera perseguirla, no dejar que se escapara, evitar que, en un momento de descuido, otra peregrina se cruzara y me hiciera perder la original. Me pasa cuando estoy muy borracho o cuando voy muy lúcido. Doble clic en una carpeta de escritorio; doble clic sobre una

planilla Excel. Allí —ordenadamente aburrido— mi estado de cuenta: ahorros, gastos, deudas. Fue más que obvio que no me alcanzaba, pero más obvio aún es que a ese paso y con ese tipo de empleos nunca me iba a alcanzar. Ya tendría tiempo para preocuparme de ello. Me puse entonces con distintos postgrados, nunca imaginé que habría tanta oferta, así que fui descartando por ciudades. La barra de búsqueda con enlaces de Wikipedia a Granada, Madrid, Salamanca, Bilbao, Sevilla, Santiago de Compostela y otras tantas ciudades que apenas recordaba que existiesen. Finalmente, la pereza de seguir buscando, Mano Negra y Fernando Vallejo me hicieron decantar por Barcelona. Orwell y Bolaño tuvieron también algo que ver. Lo segundo, mirar programas y universidades; periodismo o comunicaciones, completamente descartado, no pensaba repetirme el plato. Pensé entonces en literatura. Poco rato antes había asegurado a los amigos de Cristóbal que me gustaba escribir. Es más, cuando salí del colegio la idea de estudiar letras me sedujo, aunque finalmente opté por periodismo porque supuse que iba a ser más fácil encontrar pega. Ahora iba a elegir algo que tuviera que ver con mis gustos, con cierta sensación de arrojo. Antes de irme a dormir, envié un *mail* a un máster en literatura de la Universidad de Barcelona.

La respuesta tardó en llegar, pero me pidió rapidez: debía enviar a la brevedad algunos documentos, nada muy complejo, y esperar el proceso de admisión. Las clases comenzaban en septiembre, por lo cual tenía algunos meses para preparar todo. Desde ese minuto

comencé a ahorrar lo que más pude, vendí algunas cosas y conseguí un pequeño aumento, obviamente sin comentar nada en el trabajo. Pagando tasas, matrícula y seguros quedaba muy corto, con apenas dinero para el pasaje. Un crédito bancario me causaba terror, así que me puse a llamar a todos mis contactos, por quién supera de algún trabajo extra. Cristóbal fue quien me ayudó. En su oficina necesitaban corregir textos y redactar comunicados de prensa, así que comencé a verlo más seguido y, con ello, a estrechar más nuestra amistad. Él me contaba de su vida; yo, de la mía. De su familia, de su colegio y de aquella relación tan estrecha con Gatica.

—Se fue de viaje, así que estás obligado a entretenerme —dijo con humor—. El Juanjo es más fiestero, pero de todas formas nos vemos bastante: un café, una cerveza o se viene a comer a mi casa. Siempre habla de sus proyectos, Juanjo es escritor, igual que tú —insistió que entre su amigo y yo existía cierto parecido, un aire que nos asemejaba—. He leído sus cuentos y poemas; como cuentista me gusta mucho más que como poeta. Eso sí, es flojo y deja todo a medias.

Daba sorbos cortos a su cerveza, lo que me obligaba a ir lento también.

—Lo que sí son muy buenas son esas conferencias que prepara. Tenemos varias grabadas en video. Son graciosas, Juanjo es un tipo original, tiene una mirada particular, puedes estar de acuerdo o no con sus opiniones, pero lo que nadie niega es que son originales. Cuando vuelva del viaje y termines el máster, te vamos a invitar.

Era fácil imaginarse aquello, la misma gente que conocí en el cumpleaños aplaudiendo las ocurrencias del que parecía ser el favorito. La idea me entusiasmaba, desde que postulé al máster todo me estimulaba.

—Juanjo está en Europa ahora mismo, se fue a recorrer y, según dijo, no tiene fecha de retorno. En una de éstas se topan en Barcelona. Le voy a contar que te vas, a ver si se encuentran y se hacen amigos.

Le respondí con una canción de Xuxa que siempre utilizo, «los amigos de mis amigos son mis amigos», que le provocó una carcajada. Aquel tipo me había cobrado un cariño especial y lo demostraba así, con esos gestos de confianza que me daba de manera espontánea. Decía, además, que Gatica y yo éramos los únicos periodistas a quienes respetaba: «A él, por ser mi mejor amigo desde la infancia, casi mi hermano; a ti, porque te tomas en serio tu trabajo y porque te noto responsable en tus juicios. Aunque son los únicos que todavía utilizan poleras de rock.»

—Los periodistas, y disculpa si te ofendo, son un poco envidiosos. Siempre me ha dado esa sensación. Tú no, me parece que eres menos prejuicioso.

Volvió a esgrimir aquel argumento, dos años más tarde, aquella vez en que me citó a su casa para ofrecerme la investigación del documental. Había pasado menos de un mes desde la muerte de Gatica.

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. J. Villa, C. Ternicier, K. Suárez, A. Santamaría, A. Mayo, M.A. González, E. Escobar Ulloa, J.B. Durán
De la solastalgia. Ocho relatos naturales
44. Andrea Mayo

- La planta carnívora*
45. Ricardo Martínez Llorca
El viento y la semilla
46. Valentina Marchant
El reverso del agua
47. Juan Manuel Zurita Soto
Arauco
48. Osías Stutman
El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022
49. Ana Santamaría
Libres
50. Andrea Jeftanovic
Geografía de la lengua
51. Juan Villa
Mal tiempo
52. Flavia Company
Melalcor
53. Ernesto Escobar Ulloa
Horizonte tardío
54. Esmeralda berbel
Así es el juego
55. Fernando del Castillo
La individualidad como motor oculto de la historia
56. Juan Manuel Zurita
This is Music o Historia particular de un infame
57. Jesús Martínez
El peso

Santiago de Chile y Barcelona son las ciudades donde transcurre esta segunda y profunda novela de Juan Manuel Zurita, con un variado hilo musical de fondo que ha de acompañar a sus protagonistas. The Cure, Sumo o The Verve son algunas de las bandas favoritas de Andrés y Juanjo, cuya repentina amistad tiene en las canciones y en quienes les rodean un punto de encuentro y de tensión al mismo tiempo. El fútbol nunca fue un tema para ellos; lo suyo son esas bandas que llevan estampadas en las camisetas y a la cuales vienen siguiendo «desde la periferia del mundo, desde una ciudad que jamás pisó ninguna de ellas». *This is Music* se construye a partir de dos momentos y de un puñado de canciones que hacen de soporte para un relato sobre la camaradería, el resentimiento y el gran amor hacia la música que ese par de estudiantes treintañeros profesa, en una amistad cruzada por una infamia y que, como en *Arauco*, «habla de la perplejidad de una generación» (Lilian Neuman, *Cultura/s*). Zurita entrelaza en esta nueva novela las aspiraciones, envidias y complicidades de sus protagonistas con el encanto y la determinación de las piedras rodantes.



Once años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2025